

NEW LEFT REVIEW 133/134

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-JUNIO 2022

EDITORIAL

SUSAN WATKINS ¿Una guerra evitable? 7

ENTREVISTA

VOLODYMIR ISHCHEKNO Hacia el abismo 21

ENTREVISTA

TONY WOOD La matriz de la guerra 47

LOIČ WACQUANT Conceptualizar la «raza» 75

EVGENY MOROZOV Crítica al tecnofeudalismo 99

CAITLÍN DOHERTY Dos izquierdas atlánticas 141

NAOMI VOGT Los escalofríos del montaje de
Arthur Jafa 179

ANAHID NERSESSIAN ¿Por amor a la belleza? 199

CRÍTICA

HITO STEYERL Arte y guerra 219

WILLIAM HARRIS Más allá de Arusha 225

JOY NEUMEYER Rusia en cifras 239

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



VOLODYMYR ISHCHENKO

Entrevista

HACIA EL ABISMO

Tu investigación se ha concretado en la transformación del campo político ucraniano desde el levantamiento del Maidan de 2014. ¿Qué tipo de ruptura representó? ¿Qué nuevas fuerzas entraron en la arena y qué fue de las viejas?

EL EUROMAIDAN NO constituyó una ruptura en el sentido de una revolución social. Como hemos escrito mi colega Oleg Zhuravlev y yo mismo, compartió características con otros levantamientos postsoviéticos y con las primaveras árabes de 2011¹. No se trató de levantamientos que condujeron a cambios sociales fundamentales en la estructura de clase y tampoco siquiera en la estructura política del Estado. Por el contrario, se trató de movilizaciones que contribuyeron al reemplazo de las elites, pero las nuevas eran realmente facciones de la misma clase. Las revoluciones del Maidan en Ucrania –la de 2014 fue la última de las tres registradas– fueron similares. Son, en cierto sentido, revoluciones deficientes: crearon una legitimidad revolucionaria susceptible posteriormente de ser secuestrada por agentes que no representaban realmente los intereses de los participantes revolucionarios. El Euromaidan fue capturado por diversos actores, cuya totalidad participó en el levantamiento y contribuyó a su éxito, pero que, sin embargo, no representaron ni mucho menos a toda la gama de las

¹ Volodymyr Ishchenko y Oleg Zhuravlev, «How Maidan Revolutions Reproduce and Intensify the Post-Soviet Crisis of Political Representation», *PONARS Eurasia*, 18 de octubre de 2021.

fuerzas implicadas, ni las motivaciones que impulsaron a los ucranianos ordinarios a apoyar la revuelta. En este sentido, el Euromaidan, aunque respondía a la crisis de representación política postsoviética, también la reprodujo e intensificó.

Entre estos agentes predominaron los partidos tradicionales de la oposición, representados entre otros por Petro Poroshenko, quien se convirtió en presidente de Ucrania en 2014. Estos partidos oligárquicos se hallaban estructurados en torno a un «gran hombre» en virtud de relaciones patrón-cliente: carentes de cualquier otro modelo, reproducían las peores características del PCUS –paternalismo autoritario, pasividad popular– y no poseían ningún «proyecto de modernidad» legitimadora. Otro pequeño agente pero muy importante, sin embargo, fue el bloque de las ONG y los medios de comunicación prooccidentales, que operaban más como empresas profesionales que como movilizadores comunitarios y cuyos presupuestos dependían fundamentalmente de donantes occidentales. Durante el levantamiento, sus efectivos fueron quienes crearon la imagen del Euromaidan objeto de diseminación entre las audiencias internacionales; ellos fueron los principales responsables de la narrativa sobre la revolución democrática que representaba la identidad cívica y la diversidad del pueblo ucraniano contra un gobierno autoritario. Ganaron fuerza en relación con el debilitado Estado ucraniano, el cual fue descalabrado por el levantamiento, luego ulteriormente desestabilizado por la anexión de Crimea por parte de Rusia y por la revuelta separatista en el Donbas respaldada por Moscú, así como por el hecho de que Ucrania se hizo más dependiente de Occidente.

Encontramos después a los grupos de extrema derecha –Svoboda, Sector Derecha, el movimiento Azov–, que, a diferencia de las ONG, se hallaban organizados como militantes políticos, dotados de una ideología bien articulada, basada en interpretaciones radicales del nacionalismo ucraniano, y de células de partido locales relativamente fuertes y capaces de organizar la movilización en la calle. Gracias a la radicalización violenta del Euromaidan y después a la guerra en el Donbas, estos partidos de extrema derecha fueron armados y plantearon una amenaza violenta para el gobierno². Cuando el Estado ucraniano se debilitó y perdió el monopolio de la violencia, los grupos de extrema derecha ocuparon ese espacio. Los Estados y las organizaciones internacionales occidentales

² Volodymyr Ishchenko, «Insufficiently Diverse: The Problem of Nonviolent Leverage and Radicalization of Ukraine's Maidan Uprising, 2013-14», *Journal of Eurasian Studies*, 2020, vol. 11, núm. 2, pp. 201-215.

también incrementaron su influencia indirectamente mediante su financiación de las ONG de la sociedad civil y directamente tanto a través de su provisión de créditos y ayuda militar contra Rusia, como gracias al apoyo político prestado al país. Estos fueron los cuatro agentes principales que se fortalecieron después del Euromaidan: la oposición oligárquica, las ONG, la extrema derecha y Washington-Bruselas.

¿Y cuáles fueron las fuerzas que perdieron?

Las fuerzas que perdieron con el levantamiento del Euromaidan fueron, ante todo, las secciones de la elite ucraniana organizadas en el Partido de las Regiones, que respaldaba a Viktor Yanukovich. Podemos considerar a sus miembros capitalistas políticos en el sentido weberiano del término, esto es, sujetos que explotaban las oportunidades políticas ofrecidas por sus cargos para obtener posiciones susceptibles de ser explotadas para la obtención de rentas. Tras el Euromaidan el partido colapsó. Estos oligarcas, como se les denomina habitualmente, fueron reorganizados políticamente, pero conservaron el control sobre algunos de los sectores cruciales de la economía ucraniana, de modo que las personas más ricas de Ucrania, según la lista confeccionada por *Forbes*, se mantuvieron sorprendentemente estables. Antes y después de la revolución del Euromaidan, la única persona incluida entre las diez personas más ricas del país que hizo carrera con el cambio fue Poroshenko, signo inequívoco de la escasa transformación verificada en el modo de funcionamiento de la economía ucraniana.

El otro actor importante que perdió con el Euromaidan fue el Partido Comunista de Ucrania (PCU) y la izquierda en general. Los comunistas, sin embargo, fueron prohibidos en 2015 a tenor de las leyes de descomunización, que constituyeron el fundamento legal para suspender la actividad del PCU y la de algunos partidos comunistas marginales. En 2012 el PCU obtuvo el 13 por 100 de los votos, representando una parte considerable de la política ucraniana. En 2014 no entró en el Parlamento debido a la pérdida de Crimea y del Donbas, que constituían sus baluartes. Y el año siguiente su actividad fue suspendida.

En la entrevista que concediste a la NLR en 2014 explicabas cómo en las luchas de 2004-2014 los partidos de la Revolución Naranja (el conjunto de protestas registradas entre noviembre de 2004 y enero de 2005) intentaron reformar la constitución para dotarla de un sistema más parlamentario, mientras

que el Partido de las Regiones optaba por una organización del Estado más presidencial. ¿Qué sucedió después de 2014 en lo que se refiere al equilibrio constitucional y la importancia relativa del parlamento y el presidente?

Después de 2014 los «partidos naranjas» volvieron al sistema parlamentario-presidencial operativo tras la Revolución Naranja, que Yanukovich había cancelado en 2010 poco después de haber sido elegido presidente. Formalmente, en 2014 el presidente fue debilitado y el parlamento dotado supuestamente de mayores poderes. La figura del primer ministro, escogido por los diputados, adquirió una mayor importancia, pero lo que no cambió fue el régimen «neopatrimonial», como es habitualmente denominado en la bibliografía de los estudios postsoviéticos: las relaciones informales patrón-cliente que dominan la política. Es muy normal hablar de clanes a este respecto y así afirmar que alguien pertenece al «clan de Poroshenko» o al «clan de Yanukovich». Estos grupos estructurados informalmente, cuyas relaciones se hallan ocultas al resto de la ciudadanía, tienen más influencia sobre cómo funciona realmente la política en nuestro país que las cláusulas formales de la constitución. Así, a pesar del hecho de que la posición de la presidencia había sido debilitada, Poroshenko era todavía el político más influyente del país capaz de imponer más o menos lo que deseara a través del parlamento.

¿Cómo cambió la composición del parlamento en 2014?

Se produjo un gran cambio con las elecciones parlamentarias de octubre de 2014. Cinco partidos pro Maidan formaron la coalición gobernante: el partido de Poroshenko, el Frente Popular de Arseniy Yatsenyuk, Patria, de Yulia Tymoshenko, y dos partidos más. En un principio contaban con la mayoría constitucional, pero después la coalición comenzó a resquebrajarse a gran velocidad. Poroshenko no quiso reconocer el colapso de la coalición, porque ello hubiera significado la convocatoria de nuevas elecciones en las que su partido hubiera obtenido peores resultados que en 2014. Y así, durante varios años, se trató más de una coalición coyuntural en la que la gente de Poroshenko tenía que gestionar los problemas ligados a la obtención de votos mayoritarios.

¿Cuál era su agenda?

Cuando fue elegido en 2014, Poroshenko no era percibido como un representante del ala radical del Euromaidan, pero él operaba entonces

en el contexto definido por las nuevas conexiones existentes entre las fuerzas surgidas del Maidan en el que, como he afirmado en otro lugar, la interacción del pluralismo oligárquico con una sociedad civil carente de límites políticos o ideológicos entre las ONG respaldadas por Occidente y la extrema derecha, combinada con la práctica ausencia de la izquierda, condujo a un proceso de radicalización nacionalista³. Estos oligarcas en competencia entre sí explotaron el nacionalismo para cubrir la ausencia de transformaciones «revolucionarias» después del Euromaidan, mientras que aquellos afines a la sociedad civil neoliberal-nacionalista presionaron en pro de sus impopulares agendas socioeconómicas gracias a la presión redoblada sobre el debilitado Estado ucraniano.

Poroshenko prometió antes de las elecciones que garantizaría rápidamente la paz en el Donbas y seguramente hubo quien le votó por esta razón. Pero en el plazo de algunas semanas, dio un giro de ciento ochenta grados: en lugar de entablar negociaciones con los separatistas, intensificó las operaciones antiterroristas contra ellos. La idea era intentar apoderarse militarmente del Donbas, estrategia que fue derrotada por la intervención encubierta del ejército ruso en agosto de 2014, lo cual dio lugar al inicio del proceso de Minsk, primero en septiembre y luego en febrero de 2015 tras otra escalada y otra derrota de las fuerzas ucranianas. Los Acuerdos de Minsk contemplaban el alto el fuego, el reconocimiento ucraniano de las elecciones locales en las áreas controladas por los separatistas, la transferencia del control de la frontera al gobierno ucraniano y un estatus especial de autonomía para el Donbas en el seno de Ucrania, que incluía la posibilidad de institucionalizar las fuerzas armadas separatistas.

¿Quiénes estaban a favor de los Acuerdos de Minsk y quiénes en contra? Si estos constituían la única oportunidad de lograr un acuerdo pacífico, ¿por qué nunca se implementaron?

La gente que se mostraba abiertamente partidaria de los mismos era principalmente el segmento de la oposición, los partidos sucesores del Partido de las Regiones, que se hallaban orientados hacia los votantes del este y el sur del país, particularmente hacia los ciudadanos de las áreas del Donbas controladas por Kiev, para quienes la implementación de los Acuerdos anunciaba el final de la guerra. Para muchos otros partidos, los Acuerdos

³ Volodymyr Ishchenko, «Nationalist Radicalization Trends in Post-Euromaidan Ukraine», *PONARS Eurasia*, Policy Memo 529, mayo de 2018.

eran, en el mejor de los casos, algo que Rusia había impuesto por la fuerza a Ucrania, pero que entendían que debían ligarse a los mismos porque en otro caso Occidente podría levantar las sanciones impuestas contra Rusia después de 2014. Al mismo tiempo, sin embargo, estos partidos explicitaban que no estaban dispuestos a implementar las cláusulas políticas contenidas en los mismos. Eran muchos los que sostenían que un Donbas políticamente integrado podría bloquear la capacidad de Kiev de implementar la iniciativa de integración euroatlántica a pesar de que en los Acuerdos de Minsk no se recogía mención alguna de tal veto. La única palanca de presión que adquiriría el Donbas sería la de chantajear a Ucrania con la amenaza de secesión, la cual sería más fácil de lograr de lo que lo había sido en 2014. No se produjo discusión alguna sobre cómo impedir esto en términos prácticos. El gobierno de Kiev también debería haber discutido los detalles del estatus de autonomía con los líderes de las repúblicas del Donbas, a quienes se referían únicamente como terroristas o «marionetas del Kremlin». La lógica general de los Acuerdos de Minsk demandaba el reconocimiento de la existencia de una diversidad política significativamente mayor en Ucrania, que sobrepasaba ampliamente los límites de lo aceptable tras el Euromaidan. Así pues, Rusia acusó a Ucrania de ausencia de deseo de implementar las cláusulas políticas de los Acuerdos, mientras esta acusó a aquella y a los separatistas de violarlos mediante la organización de elecciones locales convocadas por ellos mismos y la distribución de pasaportes rusos entre los residentes del Donbas. Entretanto, el número de víctimas en la región crecía.

Aunque a la postre parecería que fue Putin quien puso fin a los Acuerdos de Minsk al reconocer la independencia de las Repúblicas Populares de Donetsk y Luhansk en febrero de 2022, la verdad es que se han producido múltiples declaraciones de altos funcionarios, políticos prominentes y profesionales de la «sociedad civil» ucraniana afirmando que la implementación de los Acuerdos de Minsk sería un desastre para Ucrania, que la sociedad ucraniana nunca aceptaría la «capitulación» o que significarían la guerra civil. Otro factor importante fue la extrema derecha, que amenazó explícitamente al gobierno con la violencia si intentaba implementar los Acuerdos. En 2015, cuando el parlamento votó sobre el estatuto especial para el Donetsk y Lugansk, de acuerdo con lo estipulado en los mismos, un activista del Partido Svoboda arrojó una granada contra una línea de policía matando a cuatro oficiales e hiriendo, según mis suposiciones, en torno a cien personas a fin de mostrar hasta qué punto la extrema derecha estaba dispuesta a utilizar la violencia.

¿Hasta qué punto los combates en el Donbas dominaron la política durante la totalidad de este periodo? En Occidente, se describió la situación en esos momentos como si se tratara de otro conflicto congelado, aunque las cifras de bajas eran muy elevadas, dado que se situaban en torno a tres mil civiles muertos. ¿Cómo se abordaban estos enfrentamientos cada noche en los telediarios?

Fue un asunto muy importante, por supuesto. No se produjo ningún alto el fuego estable antes de 2020, así que prácticamente cada día se producían bombardeos o tiroteos y muertes bien en el lado ucraniano o en el separatista. Los informes sobre las bajas y los bombardeos eran noticias cotidianas, pero tan solo una minoría de ucranianos, además de los residentes y refugiados del Donbas, fue afectada por la guerra.

Putin afirma que la extrema derecha dominaba las fuerzas ucranianas destacadas en el Donbas.

No, la extrema derecha nunca dominó allí. Sus miembros constituían una minoría de las unidades militares del ejército ucraniano. Hay quien afirma que el Batallón Azov constituía una de las unidades de la Guardia Nacional más dispuestas a entrar en combate; quizá fue así durante el periodo 2014-2015, pero no necesariamente después. No he estudiado detenidamente el ejército ucraniano presente en el Donbas, así que estas percepciones podrían ser erróneas, pero de lo que estoy seguro es que el Batallón Azov era sin duda especial; no había otras unidades similares en posesión de una agenda política, afiliada a un partido político y a una organización paramilitar, que contaba con campamentos de verano para entrenar a niños y que comenzaba a desarrollar una estrategia internacional invitando a la extrema derecha occidental a venir a Ucrania —«combatamos juntos»— con la intención de crear una «Internacional parda». *Die Zeit* publicó un importante artículo de investigación que situaba al Batallón Azov en el centro de las redes internacionales de la extrema derecha, pero se trataba únicamente de un regimiento. La mayoría de los ucranianos que combatía en el Donbas no lo hacía en unidades politizadas.

Se produjo, sin embargo, otro fenómeno. El Batallón Azov se hallaba integrado en la estructura de la Guardia Nacional, insertada a su vez en el Ministerio del Interior, que fue dirigido durante años por Arsen Avakov, otro de los oligarcas partidarios del Euromaidan. Existieron otras facciones armadas, cuyo origen se remitía a Sector Derecha, la coalición

nacionalista radical, que se hicieron famosas durante el Euromaidan, pero que no se integraron pero sí coordinaron con el ejército ucraniano, grupos por así decir totalmente independientes dispuestos a hacer cosas que el mando militar preferiría no hacer. Estos grupos, sin embargo, también constituían una pequeña parte de las fuerzas ucranianas combatientes en el Donbas.

*¿Cuál fue el papel desempeñado por el Estado profundo durante este periodo?
¿Se incrementaron o se redujeron las libertades públicas bajo el mandato del gobierno salido del Maidan?*

Una de las principales narrativas sobre la Ucrania posterior al Euromaidan fue el surgimiento de una nación cívica inclusiva, que por fin unificaba al este y al oeste del país, y el nacimiento de una vibrante sociedad civil, que empujaba en pro de reformas democratizadoras. Junto con Oleg Zhuravlev he mostrado que las tendencias unificadoras encontraron su réplica en las tendencias polarizadoras; que el nacionalismo cívico posterior al Euromaidan no erosionó sino que fortaleció el nacionalismo étnico; y que la inclusión y la expansión de la democracia para algunos supuso la exclusión y la represión para otros⁴. En este proceso de redefinir lo que es «Ucrania» políticamente hablando, una gran parte de las posiciones políticas sustentadas por muchos ucranianos se movieron más allá de los límites de la aceptabilidad de acuerdo con esta nueva articulación de la nación ucraniana. Así, si antes de 2014 «prorruso» significaba un dilatado campo político que apoyaba la integración de Ucrania en las organizaciones internacionales lideradas por Rusia como, por ejemplo, la Unión Económica Euroasiática, o incluso la incorporación a la Unión de Rusia y Bielorrusia, una vez que este campo colapsó en 2014 la etiqueta «prorruso» ha sido hipertrofiada y utilizada con frecuencia para estigmatizar posiciones tales como el apoyo dado al estatus no alienado de Ucrania y la cooperación pragmática tanto con el Este como con el Oeste, el escepticismo sobre los resultados conseguidos por el Euromaidan, la oposición a la descomunizización o el desacuerdo ante las restricciones sobre el uso de la lengua rusa en la esfera pública ucraniana.

En consecuencia, una amplia gama de posiciones políticas apoyadas por una gran minoría y, en ocasiones, por la mayoría de los ciudadanos y ciudadanas ucranianos –soberanistas, partidarios de un Estado

⁴ Oleg Zhuravlev y Volodymyr Ishchenko, «Exclusiveness of Civic Nationalism: Euromaidan Eventful Nationalism in Ukraine», *Post-Soviet Affairs*, 2020, vol. 36, núm. 3, pp. 226-245.

desarrollista, liberales, izquierdistas– se entremezclaron y pasaron a denominarse «narrativas prorrusas», porque desafiaban los discursos prooccidentales, neoliberales y nacionalistas dominantes en la sociedad civil ucraniana. La estigmatización fue, por supuesto, no solo simbólica, sino susceptible de desembocar en la organización de campañas en línea dirigidas a convertir en objetivo a sus partidarios, las cuales eran con frecuencia iniciadas por blogueros «patrióticos», que hicieron sus carreras públicas identificando y hostigando a los «enemigos internos» y que se valieron de la amplificación proporcionada por la sociedad civil o por bots pagados en Internet. En ocasiones, esta estigmatización acabó en violencia física, habitualmente ejercida por grupos nacionalistas radicales. A la postre, contribuyó a radicalizar la aplicación de sanciones a los medios de oposición y a algunos políticos en 2021.

Así pues, ¿este cambio ideológico representó básicamente un desplazamiento en pro de una agenda nacionalista antirrusa?

Había otros grupos puestos específicamente en el punto de mira de la extrema derecha, como las feministas, los grupos LGBT, el pueblo gitano o la izquierda. En 2018-2019, cuando yo estaba todavía en Kiev implicado en la organización de los medios de izquierda, así como de diversos proyectos de conferencias, teníamos que funcionar de un modo semi-clandestino, no publicando jamás la localización de nuestros eventos «públicos», mientras prestábamos una cuidadosa atención a la verificación de quién se había registrado para asistir a los mismos a fin de comprobar si podían ser provocadores de uno u otro tipo, esto es, gente de extrema derecha que quería participar para sabotear el acto.

¿Cuáles fueron realmente los logros del gobierno de Poroshenko?

Poroshenko había asumido de modo cada vez más intenso la agenda nacionalista a finales de su mandato. En el ámbito en el que el gobierno posterior al Maidan obtuvo mayores resultados fue en la esfera ideológica: descomunización, fortalecimiento de la narrativa histórica nacionalista, ucranización, restricciones de los productos culturales rusos, establecimiento de una iglesia ortodoxa ucraniana independiente de la de Moscú (pero sometida al patriarcado de Constantinopla). Estos eran los temas que la extrema derecha ucraniana había defendido antes del levantamiento del Euromaidan; y aunque los políticos nominalmente de extrema derecha no estuvieran presentes de un modo significativo en los

gobiernos posteriores al levantamiento, estos temas pasaron a constituir la agenda dominante. Sería simplista afirmar, sin embargo, que estas eran posiciones únicamente atribuibles a la extrema derecha, porque gozaban de legitimidad en el seno del bloque, más amplio, de la sociedad civil nacional-liberal. Las demandas que antes del Euromaidan eran consideradas muy radicales repentinamente se universalizaron, al menos en lo que respecta a lo que podríamos denominar la ciudadanía activista, aunque no fueran realmente apoyadas por la mayoría de la sociedad.

Otra cuestión fue la identificación simbólica con la integración euroatlántica. La Constitución ucraniana de 1996 recogía el principio de no alineamiento, pero a partir de 2014 Poroshenko y sus aliados presionaron para que se produjera un cambio en este sentido, que pudieron conseguir gracias a la mayoría constitucional disfrutada por los partidos pro Maidan. Las reformas constitucionales se aprobaron por el parlamento en 2018 y fueron puestas en vigor por Poroshenko a principios de 2019, como parte de su campaña electoral. Así pues, ahora, en un país que tal vez nunca sea miembro de la OTAN, la Constitución afirma que el «curso estratégico» del Estado es lograr la plena integración en esta y en la Unión Europea.

Antes de las elecciones de 2019, Poroshenko también hizo una intensa campaña en torno a la cuestión de la lengua e impulsó leyes que restringían significativamente el uso de la lengua rusa en la esfera pública y en la educación. Cuando se celebraron las elecciones era percibido como el líder de la causa nacionalista. No resultó sorprendente, pues, que con esta agenda perdiera tan contundentemente ante Zelensky, que se hizo con el 73 por 100 de los votos frente al 25 por 100 obtenido por Poroshenko.

¿Por qué organizó Poroshenko su campaña electoral alrededor de estas cuestiones, si eran tan impopulares?

La dinámica impuesta por la revolución deficiente del Euromaidan podría estar detrás de esta pésima y enigmática opción. Poroshenko nunca ha sido un nacionalista ideológicamente comprometido. Cofundó el Partido de las Regiones y fue ministro del gobierno de Yanukovich; se produjeron escándalos porque se dijo que su familia habla ruso en casa y que continuaba haciendo negocios con Rusia después de 2014. Tras el Euromaidan Poroshenko se vio atrapado entre dos agendas opuestas: por un lado, las expectativas de cambio posrevolucionario, crecientemente populares, si bien desorganizadas e inarticuladas; por otro, las demandas

impopulares, pero, sin embargo, bien articuladas y poderosas, de la sociedad civil nacional-liberal. La radicalización nacionalista de la esfera ideológica fue para Poroshenko un camino más fácil para proporcionar algún tipo de cambio «revolucionario» que acometer las reformas que habrían erosionado las ventajas competitivas de su propia facción respecto a la clase política capitalista. Las apelaciones al nacionalismo también sirvieron para silenciar la crítica «antipatriótica» y dividir a la oposición. Cuando la Rada votó cambiar la Constitución respecto de la adhesión a la OTAN y la integración en la Unión Europea, el apoyo a la primera llegaba al 40 por 100 en la sociedad ucraniana. Así pues, no se trataba de asuntos que atrajeran a la mayoría de los votantes o que respondieran a la lógica de «debemos hacer algo popular antes de las elecciones». Poroshenko estaba empujando proyectos que eran populares entre los ciudadanos activistas, pero no entre la mayoría de los votantes.

Algo parecido sucedió con la «descomunización». Una vez que el gobierno optó por definir lo que ello significaba realmente, las encuestas mostraron que la ciudadanía ucraniana no estaba muy interesada en renombrar las calles o las ciudades o en prohibir al Partido Comunista, aunque tampoco estaba dispuesta a defenderlo, porque no lo consideraban una fuerza especialmente relevante para su situación política. Pero la ciudadanía tampoco era partidaria de la descomunización, sino que se mostraba pasivamente contra ella, aunque no se resistieran a la misma de modo activo. La legitimidad de esta agenda en el seno de la sociedad civil activista era mucho más elevada que en la sociedad ucraniana en general.

¿Cómo evolucionaron las divisiones ideológicas y geográficas de Ucrania en el periodo posterior a 2014? ¿Qué sucedió, por ejemplo, en una ciudad tradicionalmente orientada hacia Rusia como Járkov?

Hasta la invasión rusa Járkov no había cambiado demasiado a ese respecto, pero la invasión está cambiando drásticamente las identidades y las percepciones de la ciudadanía ucraniana, si bien esto es algo muy reciente. Lo que emergió después de 2014 en Járkov y en las ciudades más importantes del sudeste del país fue una especie de estrato más fuerte de la sociedad civil de clase media, cuya perspectiva se asemejaba a, digamos, la de la política ucraniana occidental, pero diferente de las actitudes «prorrusas» –de nuevo, como he explicado antes, se trata de una etiqueta engañosa y estigmatizadora– de la mayoría de los habitantes de las mismas. Se produjo una disyunción entre la ciudadanía

activista, que participaba en las concentraciones y escribía en la prensa, en los blogs y en Facebook, y la gente que votaba y elegía a los alcaldes y representantes municipales. El alcalde de Járkov, Henndiy Kernes, fue disparado por la espalda por un francotirador en 2014 y seriamente herido (quedó postrado en una silla de ruedas), pero fue reelegido hasta su muerte en 2020. Justo después del Euromaidan viajó a Rusia y quizá consultó con gente allí. Volvió y asumió una postura de lealtad hacia Ucrania y no apoyó la revuelta separatista. Kernes era muy popular en Járkov y obtuvo un apoyo importante con el que ningún otro candidato pudo competir. Otro hecho importante es que, de acuerdo con las encuestas de opinión, fuera de las regiones occidentales, las actitudes pronacionalistas mostraban una correlación muy clara con el nivel de riqueza: cuanto más altos eran los ingresos de la gente, más nacionalistas y prooccidentales eran sus opiniones. En las regiones occidentales, no se producía esa correlación, porque el nacionalismo había penetrado en amplios estratos de la sociedad. En las regiones centrales, orientales y meridionales, sin embargo, cuanto más clara era la pertenencia a la clase media, más nacionalista y prooccidental era probablemente la actitud.

¿Establecerías una correlación entre esta última y el resto de diferencias sociológicas existentes entre la Ucrania occidental y la oriental?

Se trata de una cuestión que todavía exige una enorme investigación, porque se refiere no solo a cómo está emergiendo la sociedad civil ucraniana, sino las sociedades civiles postsoviéticas en general. Para los estratos sociales que protestaban contra Lukashenko, contra Putin, pero que se mostraban incapaces de movilizar a sus sociedades contra estos gobernantes autoritarios, ello implica en parte una división de clase; pero en Ucrania ello se superpone también con divisiones de identidad nacional y regional. En las regiones occidentales, no verás esta diferencia de clase, porque ese tipo de nacionalismo había sido domesticado hace muchas décadas. Pero en otros lugares, el nacionalismo ucraniano era más un fenómeno adscrito a las clases medias, el cual es por supuesto muy diferente del nacionalismo europeo occidental, que en la actualidad se adscribe más a la clase trabajadora.

¿Cómo cuadra aquí el europeísmo?

En los países postsoviéticos, de nuevo, el europeísmo significa algo diferente. Los grupos partidarios de la Unión Europea en Europa occidental

suelen mantener sin duda sus distancias frente a la extrema derecha, pero en los países postsoviéticos esta combinación extraña de nacionalismo, neoliberalismo y actitudes pro Unión Europea puede funcionar muy bien como ideología de la ciudadanía activista.

¿Qué tipo de alternativa ofreció Zelensky en 2019 en comparación con Poroshenko?

Las elecciones de 2019 carecieron de precedentes. Los resultados electorales son habitualmente muy ajustados en Ucrania: cuando Yanukovich ganó a Tymoshenko en 2010, por ejemplo, la diferencia fue únicamente de tres puntos: 49 frente al 46 por 100. La diferencia entre Yushchenko y Yanukovich en 2004 fue también muy pequeña, lo cual permitió que este último robará las elecciones desencadenando la Revolución Naranja. Pero en 2019 Poroshenko contaba con unas enormes tasas de desaprobación. Casi el 60 por 100 de los ucraniano afirmaba que nunca jamás votaría por él y así Zelensky fue capaz de unir a una enorme mayoría contra Poroshenko con el añadido, que invitaba a la esperanza, de su triunfo en prácticamente la totalidad de las regiones de Ucrania, excepto en las tres galitzianas situadas en el área occidental del país en las que el nacionalismo era fortísimo y donde ganó Poroshenko. Así pues, se suscitó cierta esperanza de que Ucrania pudiera finalmente mantenerse unida. En la izquierda, muchos albergaron la esperanza de que con Zelensky abría más espacio de maniobra. No me arrepiento de haberle apoyado en 2019; todavía pienso que fue lo correcto en ese momento. Con independencia de lo que sucedió después, la arrolladora victoria de Zelensky socavó por sí misma la consolidación del autoritarismo de Poroshenko. Supuso también un duro golpe a la sociedad civil nacional-liberal, que se había reagrupado en torno a él y que se sintió muy desorientada cuando se encontró en el campo del «25 por 100» de la minoría política tras afirmar durante varios años que el conjunto de la nación se hallaba unida alrededor de su agenda. Su victoria también creó el impulso para afirmar que los intereses de la mayoría real en Ucrania no se hallaban representados por la gente que hablaba en nombre de la nación, hecho que los viejos y los nuevos partidos intentaron capturar.

¿Cómo se desarrolló el gobierno de Zelensky?

Tras ganar las elecciones presidenciales en abril de 2019 Zelensky convocó elecciones parlamentarias anticipadas para julio de ese mismo año

a fin de capitalizar su victoria. Fue un movimiento inteligente, porque su partido, Servir al Pueblo, que había sido creado de la nada, obtuvo una abultada mayoría –de nuevo se trataba de un resultado sin precedentes en la Ucrania postsoviética–, de modo que Zelensky se halló en condiciones de concentrar el poder en las autoridades centrales. Se produjeron discusiones sobre la conveniencia de convocar elecciones municipales anticipadas; los alcaldes desempeñan un papel importante en la política ucraniana y de ganarlas el partido de Zelensky tendría entonces el control completo de la situación, si intentaba tomar determinadas decisiones sensibles como, por ejemplo, implementar los Acuerdos de Minsk. Convocar elecciones locales anticipadas, sin embargo, era más difícil de justificar desde un punto de vista legal. El éxito de los primeros intercambios de prisioneros entre Ucrania, Rusia y el Donbas en septiembre de 2019 contribuyó a incrementar su popularidad, porque parecía que la política ucraniana podría estar moviéndose en una dirección diferente. Zelensky disfrutaba de tasas de aprobación por encima del 70 por 100 y las encuestas le otorgaban un alto nivel de confianza. Surgió una ventana de oportunidad para progresar en el cumplimiento de los Acuerdos de Minsk y se produjeron intensas discusiones sobre la denominada Fórmula Steinmeier, que ofrecería el algoritmo sobre cómo implementarlos. Las partes fueron capaces de alcanzar un alto el fuego, que al menos se prolongó durante un periodo de tiempo más dilatado que los anteriores.

¿Qué sucedió después?

Muy pronto quedó claro no solo que el partido de Zelensky no era realmente un partido y que este líder populista nunca tuvo un movimiento populista tras él, sino que tampoco disponía de un equipo real capaz de implementar conjunto alguno de políticas coherentes. Su primer gobierno duró aproximadamente medio año. A continuación Zelensky despidió a su jefe de gabinete y se produjo una continua rotación de puestos ministeriales. La ausencia de un equipo serio hizo que Zelensky cayera muy pronto en la misma trampa que Poroshenko, siendo presa de los agentes más poderosos de la política ucraniana, esto es, de los clanes oligárquicos, de los nacionalistas radicales, de la sociedad civil liberal y de los gobiernos occidentales, todos ellos presionando para realizar sus respectivas agendas, así como de las hipertrofiadas expectativas de las masas a la espera de cambios radicales tras el «Maidan electoral» de 2019, que finalmente había incorporado «nuevos rostros» al gobierno. Atrapado en esta trampa, Zelensky intentó construir su propio «poder

vertical», esto es, la típica «cadena de mando» informal característica de la política postsoviética, tarea en la cual no fue particularmente exitoso. Posiblemente podríamos analizar esto como un tipo de bonapartismo o cesarismo débiles: un líder electo que intenta superar estas divisiones –ataque a la izquierda, ataque a la derecha, ataque a los nacionalistas, ataque a los «prorrusos»– pero que al hacerlo de un modo tan errático y sin consolidar su régimen, acaba por crear tal barahúnda que a principios de 2022 ello le acarreó la pérdida del apoyo de muchas figuras poderosas de la política ucraniana.

¿Quiénes eran los individuos nombrados para ocupar los puestos clave del Estado, esto es, los ministros de Economía, de Defensa, de Asuntos Exteriores, etcétera? ¿Provenían de su propio partido o tenían otras procedencias?

Su propio partido había sido creado de un modo muy diferente, de modo que no era de gran utilidad a la hora de cubrir los puestos ministeriales. En el primer gobierno, hubo mucha gente proveniente de las ONG prooccidentales, pero Zelensky pronto se dio cuenta de que no eran competentes para gestionar la economía ucraniana. Gente con la que Zelensky había trabajado en la televisión –productores, actores, amigos personales– ocuparon cargos importantes. Por ejemplo, el jefe de la contrainteligencia es alguien muy próximo personalmente a Zelensky. Posteriormente, se rodeó de gente dotada de un perfil menos marcado por su adscripción a las ONG prooccidentales, pero que ofrecía cierta competencia básica en asuntos de gobierno. En ocasiones, se consideró que estas personas se hallaban conectadas con los grupos oligárquicos, como en el caso, por ejemplo, del primer ministro Shmyhal, que había trabajado durante algún tiempo para Akhmetov. Es improbable que Zelensky estuviera bajo la influencia de este, pero en ese momento fue percibido como el signo del retorno de Ucrania a una política «normal»: estamos librándonos de esos tipos incompetentes de las ONG y comenzando a dotarnos de funcionarios reales en el gobierno.

Zelensky estaba todavía involucrado en el proceso de crear un equipo real con personas procedentes de diversos orígenes –en ocasiones conectadas con Occidente, en ocasiones con él mismo, en otras con grupos oligárquicos–, cuando comenzó la guerra, momento en el que no estaba todavía claro que él hubiera logrado construir realmente ese «poder vertical». La situación estaba comenzando a parecer cada vez más un total desbarajuste y un desbarajuste muy peligroso. Desde la perspectiva de

Putin, si Ucrania se halla en una situación de confusión, dirigida por un presidente débil e incompetente, ¿no es este un buen momento para lograr sus objetivos?

¿Qué sucedió con los progresos en la implementación de los Acuerdos de Minsk?

Poroshenko y los nacionalistas habían comenzado una campaña denominada de anticapitulación en 2019, protestando contra la implementación de los Acuerdos de Minsk, aunque no encontraron un gran apoyo para la misma. De acuerdo con las encuestas, tan solo el 25 por 100 de la población ucraniana apoyaba ese curso de acción y casi el 50 por 100 afirmó que no lo hacía. Al mismo tiempo, Azov y otros grupos de extrema derecha estaban desobedeciendo las ordenes de Zelensky, sabotando la pacificación del enfrentamiento entre las fuerzas ucranianas y separatistas en el Donbas. Zelensky tuvo que desplazarse a una pequeña localidad de la región para hablar directamente con ellos, aunque él es el comandante en jefe del ejército ucraniano. Los grupos «moderados» partidarios de la anticapitulación pudieron utilizar las protestas de la extrema derecha para afirmar que la implementación de los Acuerdos de Minsk significaría la guerra civil, porque los ucranianos no aceptarían esta «capitulación» de modo que se produciría una violencia de algún modo «natural».

Has dicho que los grupos de extrema derecha eran realmente muy pequeños en el momento en que Poroshenko fue electoralmente aniquilado. ¿Qué otros factores impidieron que Zelensky llevara adelante su mandato?

La perspectiva del estallido de la violencia nacionalista era real. Pero la cuestión sigue abierta: ¿por qué Zelensky no construyó una coalición interna e internacional dispuesta a apoyar los Acuerdos de Minsk? El apoyo explícito y activo en pro de la total implementación de estos por parte de los gobiernos occidentales habría sido una poderosa señal para la sociedad civil prooccidental. Hubo quien afirmó que en 2019 los Acuerdos eran impopulares, aunque habían disfrutado de un apoyo mayoritario en 2015 cuando fueron firmados y había esperanzas de lograr la paz. Sin embargo, en 2019 la gente los consideraba ineficaces para que algo cambiara en el Donbas. Ni Zelensky ni Poroshenko hicieron, no obstante, campaña alguna para incrementar la popularidad de los Acuerdos del mismo modo en que realmente lo hicieron en pro de

la no menos controvertida e impopular reforma del mercado inmobiliario o de las diversas iniciativas nacionalistas. Finalmente, Francia y Alemania no conminaron a Ucrania para que se implicara más activamente en los Acuerdos, mientras que los gobiernos de Obama y Trump no los apoyaron como podrían haberlo hecho.

¿Cuáles eran las diferencias reales existentes en las políticas seguidas durante las presidencias de Poroshenko y Zelensky contempladas retrospectivamente? Más allá de saldar cuestiones políticas, ¿sería correcto afirmar que hubo una continuidad sustancial entre ambas?

Sí, ello es correcto. Existían expectativas de que Zelensky pudiera revisar la legislación sobre la lengua a fin de permitir una mayor presencia del ruso en la esfera pública ucraniana, así como de que pudiera hacer progresos reales en la implementación de los Acuerdos de Minsk. Antes de la guerra Zelensky había fracasado en todo lo que se había propuesto. Poroshenko fue realmente más capaz de resistir determinadas demandas efectuadas por las instituciones internacionales, especialmente la presión del FMI para que Ucrania aplicara precios de mercado al gas, que el gobierno siempre intentó bloquear por su elevada impopularidad, especialmente entre la gente mayor, que vota masivamente y para quienes el incremento del precio supondría un duro golpe. Zelensky también abogó por la reforma del mercado inmobiliario, que había sido una cuestión crucial desde la independencia ucraniana, pero altamente impopular: más del 70 por 100 de la población ucraniana estaba en contra de algunas de sus disposiciones.

¿Fue esta reforma el cambio social y económico más importante efectuado por Zelensky?

Sí, este fue uno de los más importantes, si bien lo amortiguó con restricciones, sabiendo que era impopular. Así, en principio, únicamente los ciudadanos y ciudadanas ucranianos podían comprar tierra; posteriormente, quizá tras un referéndum, podrían hacerlo los extranjeros. Zelensky, de todos modos, comenzó un proceso que había estado empanzanado durante treinta años. A comienzos de 2021, Zelensky había perdido buena parte de su popularidad. La Plataforma de la Oposición, fuerza política sucesora del Partido de las Regiones y candidata en las elecciones de 2019, aventajaba en algunas encuestas al partido Servir al Pueblo.

Has dicho que el alto el fuego en el Donbas se rompió a finales de 2020. ¿Cuáles fueron los hitos tras esta ruptura?

Existen todavía muchos enigmas sobre la guerra y sobre cómo empezó todo. Por supuesto, la dimensión internacional de la expansión de la OTAN y del imperialismo ruso, así como los zigzagueos de las respuestas del Kremlin a la última ola de levantamientos postsoviéticos en Armenia (2018), Bielorrusia (2020) y Kazajistán (2022) constituyen partes muy importantes de la historia. La convicción de Putin de que Rusia disfrutaba de una ventaja militar temporal sobre la OTAN en armas hipersónicas y su infravaloración de la resistencia ucraniana ciertamente contribuyeron a la decisión de iniciar la guerra. Uno de los factores cruciales fue la reacción de Putin ante los procesos en curso en la política doméstica ucraniana y su creciente convicción de que Rusia ya no sería capaz de influir sobre ellos, lo cual significaría, por un lado, que Ucrania se orientaría irreversiblemente hacia lo que él denominaba la «anti Rusia» y, por otro, que no ya no había medios políticos para impedir esta transformación.

Uno de los desencadenantes subestimados de la guerra ha sido la imposición por parte de Zelensky de graves sanciones a la oposición, siendo Viktor Medvedchuk, uno de los líderes de la Plataforma de la Oposición, uno de los principales objetivos de las mismas. Medvedchuk es un viejo peso pesado de la política ucraniana: antiguo jefe de gabinete de Kuchma, amigo personal de Putin y principal negociador en el intercambio de prisioneros en el Donbas. Habitualmente es considerado como el sujeto más «proruso» entre las figuras políticamente fundamentales de Ucrania, si bien debemos tener en cuenta la polarización acaecida tras el Euromaidan y el cambio de las coordenadas políticas registrado en el país respecto al polo nacionalista y prooccidental. Medvedchuk fue uno de los objetivos de las sanciones estadounidenses aplicadas después de 2014. Dado que la Plataforma de Oposición aventajaba a Zelensky en las encuestas, parecía que este estaba simplemente atacando a un rival político. La decisión de comenzar a imponer sanciones, en ocasiones sin evidencia concluyente alguna contra las personas objeto de las mismas, fue tomada por un restringido grupo, el Consejo de Seguridad Nacional y Defensa (CSND), constituido por aproximadamente veinte personas en su mayor parte ministros, directores de los servicios de seguridad y contrainteligencia, así como responsables de instituciones financieras como el banco central. Uno de ellos, Dmytro Razumkov, portavoz del parlamento ucraniano, comenzó a hablar sobre lo que estaba sucediendo

después de ser apeado de su cargo en octubre de 2021, poco antes de que los medios estadounidenses comenzaran a publicar filtraciones sobre la inminente invasión rusa.

¿Qué implicó la imposición de sanciones a Medvedchuk y a otros políticos de la oposición?

Estas sanciones fueron más restrictivas que las que habitualmente impone Estados Unidos. Una diferencia crucial es que Ucrania impuso sanciones a ciudadanos ucranianos sin contar con una sentencia judicial. La totalidad de las cuentas de Medvedchuk fueron congeladas y no pudo utilizar sus activos. El CSND también sancionó al socio empresarial de Medvedchuk, Taras Kozak, propietario formal de tres cadenas de televisión generalmente consideradas propiedad del primero, lo cual ofreció el mecanismo legal para suspender la emisión de las cadenas televisivas: esta suspensión fue quizá la consecuencia política más importante de las sanciones. Estas cadenas habían atacado vigorosamente a Zelensky y a las fuerzas prooccidentales y nacionalistas ucranianas, criticando normalmente a la gente de las ONG y a los políticos como «amamantados por Soros». Una vez que Zelensky hubo puesto a Medvedchuk bajo arresto domiciliario, el gobierno inició un proceso penal contra él acusándolo de traición de Estado por comerciar con carbón con las repúblicas del Donbas, un trato que Medvedchuk había cerrado en realidad en nombre de Poroshenko, porque las industrias de la región necesitaban carbón para alimentar la economía ucraniana. De este modo, Zelensky fue capaz de conectar a Medvedchuk con Poroshenko, aunque ambos pertenecieran a bandos opuestos en la política ucraniana, lo cual hizo que comenzaran a desacreditarse recíprocamente. Si Poroshenko trataba secretamente con Medvedchuk, ello parecería una deslealtad, si no una traición, a una parte importante de sus votantes.

¿Cuáles fueron los motivos de Zelensky para sancionar a Medvedchuk?

Es difícil estar seguro sobre el asunto. La sociedad civil nacional-liberal recibió con agrado las sanciones impuestas a Medvedchuk, a quien consideraban como una «quinta columna prorrusa», porque era un desenlace que esperaban desde hacía mucho tiempo. Una explicación más realista es que Zelensky escogió golpear al líder de un partido rival, que estaba ganando popularidad rápidamente a finales de 2020 como consecuencia de la ola de desencanto respecto a su presidencia entre los votantes de las regiones sudorientales, que le habían apoyado

masivamente en las elecciones de 2019, pero que en estos momentos no veían diferencia alguna entre él y Poroshenko. Otro aspecto, que Simon Shuster ha puesto de relieve en el reportaje publicado en la revista *Time*, es que las sanciones fueron aplicadas, y celebradas estrepitosamente por la embajada estadounidense, poco después de la toma de posesión de Biden a finales de enero de 2021⁵.

Un factor que complica el cuadro es que las cadenas televisivas de Medvedchuk estaban promoviendo la consabida teoría de la conspiración sobre Hunter Biden y Burisma, la empresa petrolera y gasística ucraniana, que había sido instrumentalizada por Trump para desacreditar a Biden en las elecciones presidenciales de 2020. El mundo entero pudo leer la transcripción de la famosa llamada telefónica entre Trump y Zelensky durante la cual este no rechaza exactamente las indicaciones de un *quid pro quo* por parte del presidente estadounidense consistente en la petición de que el Estado ucraniano iniciase una investigación oficial sobre el asunto de Burisma a cambio de dar luz verde al envío de 400 millones de ayuda estadounidense a Ucrania, lo cual arrojaba obviamente gasolina al fuego de un presunto escándalo protagonizado por Biden. Razonablemente, Zelensky pudo haber pensado que bloquear los canales televisivos de Medvedchuk sería percibido como un «gesto amistoso» hacia el nuevo presidente estadounidense en un intento de lavar su propia reputación. Sabemos que Biden no tenía ninguna prisa en efectuar una llamada oficial a Zelensky tras su toma de posesión, hecho que fue ampliamente discutido en la prensa ucraniana en ese momento como signo de posibles problemas para este. Sin embargo, simplemente no tenemos ninguna evidencia solida para corroborar ninguna de estas explicaciones.

Cualesquiera que fueran sus motivos, el gobierno de Zelensky redobló su ataque y comenzó a utilizar las sanciones de un modo mucho más amplio, en ocasiones contra los oligarcas, con frecuencia contra personas sospechosas de estar involucradas con el crimen organizado, pero también contra otros medios opositores, incluido uno de los sitios web más populares de Ucrania, Strana.ua, y contra el bloguero político más popular de Ucrania, Anatoly Shariy, que pidió asilo en la Unión Europea. Zelensky se estaba creando innumerables enemigos con estas sanciones erráticas, legalmente dudosas, y los oligarcas comenzaron a preocuparse. A finales de 2021 Zelensky se hallaba enfrentado con Rinat Akhmetov, el hombre más rico de Ucrania. Akhmetov comenzó

⁵ Simon Shuster, «The Untold Story of the Ukraine Crisis», *Time*, 2 de febrero de 2022.

a reunir en torno suyo a líderes de opinión populares –periodistas bien conocidos, Razumkov, el portavoz despedido del parlamento, el poderoso exministro del Interior apeado de su cargo, Avakov– y en un primer momento pareció que se trataba del inicio de una posible coalición contra Zelensky, que estaría en condiciones de desafiarle en el caso de que se produjera alguna crisis, de forzar elecciones anticipadas y de llegar al poder. Zelensky se hallaba en lucha con la oposición «prorrusa», con Poroshenko, a quien intentó detener sin éxito en enero de 2022, y con Akhmetov. No parecía en absoluto una situación envidiable para él; si te creas tantos enemigos, estos pueden unirse para desembarazarse de ti. Hubo discusiones sobre el debilitamiento de los poderes del presidente para relegarlo a una función puramente ceremonial en pro de una república parlamentaria. Antes de la guerra, las encuestas no se mostraban propicias para Zelensky y en algunas aparecía en desventaja frente a Poroshenko. Pero la guerra cambió todo y, por supuesto, Zelensky es ahora mucho más popular de lo que lo era antes. Si es capaz de ganar la guerra o al menos de alcanzar algún tipo de acuerdo no humillante con Putin, puede convertirse en uno de los líderes políticos más populares de la historia de Ucrania.

¿Cómo se conectan estas sanciones contra Medvedchuk y otros sancionados con la invasión?

Como señala Shuster en su artículo de *Time*, las sanciones contra Medvedchuk de finales de enero de 2021 fueron seguidas pocas semanas después por los primeros signos de acumulación de fuerzas militares rusas en la frontera ucraniana. Putin pudo tomar la exclusión de Medvedchuk de la política ucraniana como un mensaje nítido: «una purga absolutamente obvia del campo político», de acuerdo con las palabras que le atribuye el informante de Shuster. La embajada estadounidense en Kiev suscribe esta interpretación, dado el inmediato respaldo mostrado a las sanciones: el Consejo de Seguridad Nacional y Defensa tomó la decisión el viernes por la tarde y el sábado la embajada tuiteó algo así como: «Apoyamos los esfuerzos de Ucrania para proteger su soberanía y su integridad territorial mediante la imposición de sanciones». Podríamos especular tal vez sobre si las medidas tomadas contra Medvedchuk fueron consideradas por Putin como la gota final en su convicción de que Ucrania jamás implementaría los Acuerdos de Minsk; de que a ningún político amigo de Rusia se le permitiría formar parte de un gobierno de coalición; y de que el país nunca sería reconducible a respetar los intereses rusos.

El artículo de la revista Time describe las razones de Moscú para la concentración de tropas como una forma de diplomacia coercitiva, el único modo de obligar a Occidente a negociar sobre las sanciones y las garantías de seguridad, de acuerdo con la fuente anónima del Kremlin utilizada por Shuster. Ello no explica la invasión, ni, por supuesto, la justifica.

Desde luego que no puede existir justificación aceptable alguna para esta guerra y mucho menos desde un punto de vista progresista. La guerra pretendía afirmar el estatus de gran potencia de Rusia, marcar los límites de su «esfera de influencia» en los que se encontraría cómoda en tanto que capaz de acometer tanto el cambio de un eventual régimen «antirruso», como la partición de Ucrania o la conversión de una buena parte de su territorio en una enorme zona gris a modo de un Estado premoderno. La guerra en estos diversos escenarios es un acto que inevitablemente ha de producir bajas masivas, masacres de civiles y una destrucción desastrosa. La guerra también contribuye, no obstante, a la consecución de un importante objetivo doméstico acariciado por Putin consistente en la transformación de la política rusa para que deje de asemejarse al característico cesarismo postsoviético, cuya fragilidad se ha puesto en evidencia en los recientes levantamientos registrados en Bielorrusia y Kazajistán, y se convierta en un régimen político potencialmente más estable, consolidado y capaz de movilización, así como dotado de un proyecto ideológico imperialista-conservador más hegemónico para unos, pero más represivo para otros. En este proyecto, muchos ucranianos necesitarían ser «reeducados» para que abandonasen una identidad ucraniana antirrusa de corte *banderista* [Stepán Bandera, 1909-1959] y optasen por abrazar una identidad ucraniana prorrusa característica de los *maloros* [pequeños rusos en lengua ucraniana].

Cualesquiera que fueran los problemas que tuviera la Ucrania posterior al Euromaidan, que eran muchos –una política incompetente y embrollada, una oligarquía cínica y depredadora, una dependencia cada vez mayor de las potencias occidentales, la implementación de reformas neoliberales en vez de un cambio progresista, tendencias de radicalización nacionalista, estrechamiento del espacio apto para el pluralismo político, intensificación de la represión de la oposición–, se trataba de problemas ucranianos que la ciudadanía ucraniana debía y podía resolver mediante el correspondiente proceso político sin los tanques ni las bombas rusos. Virtualmente ningún político o líder de opinión ucraniano de primera fila ha dado la bienvenida a la invasión, ni siquiera aquellos que durante muchos años habían sido considerados como «prorrusos».

El pasado año, un periodista ucraniano «prorruso» y adscrito a la oposición dio la siguiente respuesta cuando le preguntaron sobre lo que Rusia podría hacer para ayudar a la población ucraniana «prorrusa»: «Dejar en paz a Ucrania y concentrarse en construir una Rusia rica y atractiva». La respuesta refleja una crisis muy profunda de la hegemonía postsoviética: la incapacidad de la clase dominante postsoviética y, especialmente, de la rusa de dirigir y no simplemente dominar a las clases y naciones subalternas. Putin, como otros líderes cesaristas postsoviéticos, ha gobernado mediante una combinación de represión, equilibrio y consentimiento pasivo, legitimado por una narrativa de restauración de la estabilidad tras el colapso soviético de la década de 1990, pero no ha ofrecido ningún proyecto atractivo de desarrollo. La invasión rusa debería ser analizada precisamente en este contexto: al carecer del suficiente *soft power* de atracción, la elite dominante rusa ha decidido apoyarse en el *hard power* de la violencia, comenzando con la diplomacia coercitiva a principios de 2021 para después abandonar la diplomacia y optar por la coerción militar en 2022.

Durante la preparación de la invasión, que arranca en diciembre de 2021, el gobierno de Biden se negó a negociar con Putin y optó, por el contrario, por airear las conclusiones de sus servicios de inteligencia sobre los planes de invasión rusos y por efectuar una diplomacia de megáfono. ¿Cómo se percibió este curso de acción en Ucrania?

Hasta el 24 de febrero la mayoría de los ucranianos no creía que Rusia invadiría Ucrania. El gobierno no lo creía. Zelensky pensaba que podría producirse algún tipo de «invasión limitada», pero no el asalto en toda regla que finalmente se produjo. Los analistas militares ucranianos del *think tank* del Ministerio de Defensa elaboraron un informe en el que se afirmaba que era extremadamente improbable que Putin atacara Ucrania en 2022. Zelensky mostró su desagrado ante la campaña de los medios occidentales, pensando que pretendían ejercer presión sobre él para que implementase los Acuerdos de Minsk, cosa que no deseaba hacer; o quizá para que abandonase la pretensión de incorporar a Ucrania a la OTAN. Resultó que todos estos actores estaban equivocados y que la CIA y el MI6 estaban en lo cierto, si bien ambos servicios han informado ahora a los medios de comunicación de que los signos de la decisión final de Putin de comenzar la guerra no fueron evidentes antes de febrero⁶. Al mismo tiempo, Estados Unidos y el Reino Unido

⁶ James Risen, «US Intelligence Says Putin Made a Last-Minute Decision to Invade Ukraine» *The Intercept*, 11 de marzo de 2022.

infravaloraron tremendamente el potencial del ejército ucraniano, al igual que sobreestimaron el del ejército ruso, que esperaban que tomaría Kiev en tres o cuatro días. O, al menos, estas fueron las previsiones que sus servicios de inteligencia hicieron públicas, las cuales, por otro lado, complementaban el evidentemente erróneo cálculo ruso de una victoria rápida y fácil de su «operación especial» en Ucrania.

Así pues, ¿por qué Washington no impidió la invasión? Si Estados Unidos sabía que la invasión era inminente, ¿por qué no hizo nada más allá de filtrar los planes de Putin a los medios? Una estrategia podría haber consistido en iniciar negociaciones serias con Putin, acordar que Ucrania no se convertiría en miembro de la OTAN, porque en realidad Washington nunca ha albergado un deseo serio de invitarla a que se adhiera, como tampoco ha mostrado deseo alguno de luchar por ella, como hemos comprobado durante estas semanas. Otra estrategia, opuesta a esta, hubiera sido enviar cantidades masivas de armas a Ucrania antes de que estallara la guerra, suficientes en todo caso para alterar los cálculos efectuados por Putin, pero Estados Unidos no hizo ni una cosa ni la otra, lo cual parece realmente extraño y, por supuesto, absolutamente trágico para Ucrania.

La fuerza relativa de la resistencia militar ucraniana ha sorprendido también a muchos observadores. ¿En qué medida crees que ello es debido a las armas y al entrenamiento profesional proporcionado por Estados Unidos y hasta qué punto es consecuencia del espíritu de una autodefensa nacional espontánea?

La resistencia militar es definitivamente más fuerte que la esperada por los rusos. Además, en las ciudades ocupadas, ha habido concentraciones significativas en apoyo a Ucrania, si bien hasta la fecha han implicado a un reducido número de residentes. Por ejemplo, en Jersón, una ciudad de 300.000 habitantes antes de la invasión, las concentraciones movilizaron a dos mil o tres mil personas. Hay gente que se muestra asustada por la represión rusa, pero otras personas están a la espera de lo que sucederá, aventurando el tiempo que permanecerán los rusos. Dado que los planes rusos para los territorios ocupados más allá del Donbas no están claros, sería muy arriesgado comenzar a colaborar, porque cuando vuelvan los ucranianos quien lo haya hecho será objeto de represalias, lo cual influye en el cálculo de optar por la colaboración. La resistencia es significativa, pero no es esta la única cosa que está sucediendo; la diversidad de la población ucraniana se refleja en las reacciones muy diferentes a la invasión, como es quizá habitual durante las guerras.

En las ciudades ocupadas, ¿se hallan todavía operativas las administraciones políticas ucranianas?

Los rusos están ahora comenzando a forzarlas a colaborar y en caso de que no lo hagan a reemplazarlas. De acuerdo con las informaciones disponibles en ocasiones arrestan y secuestran a las autoridades ucranianas que se niegan a colaborar. Tras un mes de ocupación, los rusos están comenzando a crear determinadas estructuras de administración civil-militar, introduciendo el rublo ruso como moneda en Jersón y otras ciudades meridionales ocupadas. Han comenzado a pagar pequeñas cantidades a los pensionistas y a los empleados del sector público.

¿Aceptaría el gobierno de Zelensky o cualquier otro gobierno ucraniano, la secesión de las provincias del Donbas o de Crimea?

Sería un compromiso muy doloroso. Si el gobierno comienza a decir que está dispuesto a aceptar la anexión de Crimea y la denominada independencia de las repúblicas de Donetsk y Lugansk, se producirá un enorme ataque contra Zelensky, que señalaría que está traicionando al país, capitulando antes los rusos, etcétera, quien, por su parte, optaría por no explicitarlo públicamente con independencia de lo que estuviera sucediendo en la mesa de negociación. En una reciente entrevista publicada en *The Economist*, Zelensky dijo, curiosamente, que es más importante salvar vidas ucranianas que territorio, lo cual podría interpretarse como una reflexión que prevé que pueda verse forzado a avanzar en la línea de este compromiso. Pero el gobierno ucraniano puede barajar distintos cursos de desenvolvimiento de la guerra como, por ejemplo, el agotamiento de los recursos rusos, alguna derrota importante o ulteriores entregas de armamento por parte de Estados Unidos. El gobierno puede estar discutiendo diversas opciones susceptibles de ser activadas en función del resultado registrado en los campos de batalla.

¿Qué tipo de Ucrania piensas que puede emerger de esta guerra?

La guerra está cambiando las relaciones ruso-ucranianas y la identidad ucraniana. Antes de la guerra, un minoría significativa, quizá el 15 por 100 de la ciudadanía ucraniana, podía afirmar que se sentía tanto rusa como ucraniana. Ahora eso será mucho más difícil de afirmar y aventuro que esta parte de la población hará algún tipo de elección, que en mi opinión se decantará por la identidad ucraniana. La posición de la

lengua y la cultura rusas quedará todavía más restringida en la esfera pública y en la comunicación privada. En el caso de una guerra prolongada, que convertiría Ucrania en una especie de Siria o Afganistán en Europa, sería muy probable que los nacionalistas radicales comenzaran a ocupar puestos importantes en la resistencia, lo cual tendría obvias consecuencias políticas. La Ucrania en la que nací y en la que he vivido durante la mayor parte de mi vida se ha perdido ahora para siempre y ello con independencia de cómo acabe la guerra.

¿Prevés algún tipo de efecto de rebote político contra Putin en Rusia?

No en estos momentos. El apoyo a la guerra en Rusia es, de acuerdo con la información disponible, del 60-70 por 100. Podemos discutir hasta qué punto pueden creerse las encuestas rusas, pero no disponemos de ninguna otra evidencia sistemática y la cifra parece plausible. Por supuesto, si las bajas crecen, si la guerra se estanca y los plenos efectos de las sanciones son sentidos con mayor intensidad por la población rusa, las percepciones cambiarán y el gobierno ruso deberá adaptarse a la nueva situación. Recurrir únicamente a medidas dictatoriales no funcionará a largo plazo y en algún momento los dirigentes rusos deberán comenzar a comprar la lealtad de la población rusa. El primer problema radica en cómo reorientar la economía rusa una vez desconectada de Occidente. En estos momentos, sin embargo, la revuelta es muy improbable, especialmente porque en torno a 200.000 rusos y rusas, que constituyen el núcleo de la verdadera oposición y se oponen sin contemplaciones a la guerra han huido del país. La oposición en Rusia se halla dividida y reprimida: el movimiento de Navalny ha sido por ahora aplastado y el Partido Comunista respalda en realidad la guerra. Un golpe de Estado palaciego contra Putin es más probable, pero dudo que sus artífices den el primer paso antes de que se produzca la derrota rusa en Ucrania. Así pues, a la postre, no será una revolución o un golpe palaciego lo que pondrá fin a la guerra en Ucrania, sino que, por el contrario, serán los resultados de esta los que determinarán si Rusia asiste a una revuelta, a un golpe o a la consolidación del putinismo.